

Los Navarros en el Real Monasterio Cisterciense de Veruela

LA CAPILLA DE SAN BERNARDO, HOY DEL SAGRADO
CORAZON DE JESUS

A la sombra del ingente Moncayo se extiende en dulce reposo un valle de melancólica belleza que impresiona profundamente, en frase de Becquer, y cuyo eterno silencio agrada y sobrecoge, a la vez que los montes que lo cierran, como valladar inaccesible, separan por completo del mundo. Su contemplación despierta pensamientos anacoréticos y evoca los valles reducidos y callados tan preferidos por los cistercienses para solar de sus monasterios. Tenían el sentido de la topografía y llevaban en el alma la doctrina de su Padre, el gran S. Bernardo; pero en esta ocasión no fueron ellos los que eligieron este emotivo valle de Veruela para su habitación, fué don Pedro de Atarés, el ilustre procer que por su sangre regia, y por sus hazañas todavía más regias, pudo juzgarse un tiempo heredero del trono y de la corona de su pariente el Batallador y que, al desvanecerse esta probabilidad, puso su gloriosa espada a las órdenes de nuestro rey restaurador, don García, y sus grandes riquezas al servicio de la fe, construyendo en este valle verolense un grandioso monumento que fuese, según costumbre de los reyes y magnates medievales, su magnífica, honrosa y cristiana sepultura.

Asegura la tradición ininterrumpida que un día de caza y ya separado de su séquito por la persecución de una pieza, sorprendió a don Pedro de Atarés formidable tormenta e invocando con fe a la Virgen María, apareciósele esta Señora sobre corpulenta encina protegiéndole en tan apurado trance y mandándole edificar **allí un** monasterio que él prometió agradecido y reverente.

Bellísima tradición de hermosa y subyugante frescura que, para decirlo con palabras de Becquer "aunque testificada por la presencia de un monumento material prodigio de arte y elevado en su conmemoración, no quisiera entregarla al frío y severo análisis de la lógica, piedra de toque a que se someten hoy día todas las verdades. Sé que las delicadas flores de la tradición sólo pueden tocarlas las manos de la piedad y sólo a ésta le es dado aspirar su religioso perfume sin marchitar sus hojas". Así habló Becquer del Monasterio de Veruela que tanto bien hizo a su cuerpo y a su alma y que tan magníficamente rimaba con su atormentado espíritu.

LA IGLESIA DE VERUELA

Al cristalizar en hermosa realidad la promesa de don Pedro, abrió sus entrañas el solitario y verdegueante valle de Veruela, y el Moncayo atalayó constantemente en su principio y en su desarrollo, como lo sigue haciendo a lo largo de los siglos, el cenobio cisterciense de belicosas apariencias y espléndidas realidades arquitectónicas más notable de Aragón; poblándolo el Abad Raimundo y sus doce primeros monjes venidos de la famosa abadía francesa de Scala Dei, a la que había acudido el de Atarés en solicitud de monjes blancos.

Ascendía robusto el magno edificio, llegaba ya a la altura de la cornisa su monumental iglesia y falleció (1151) don Pedro, siendo enterrado ante la puerta románica llamada del Miserere, bajo sencilla losa sin inscripción alguna y ocupada en su totalidad por una espada esculpida toscamente en ella.

Esta iglesia es ciertamente, como dijo el señor López Landa en su Estudio arquitectónico de Veruela, la perla del Monasterio porque es un prodigio nunca superado de armonía con destacadas características de austeridad y sencillez en fondo de sobria grandiosidad y severa elegancia. El arte religioso, son palabras del citado prestigiosísimo escritor, no ha conseguido nunca ni aun en los momentos de mayor inspiración alzar un templo que con más sencillos elementos arquitectónicos y sin el pomposo manto de las artes auxiliares de la ornamentación hablase con mayor elocuencia al corazón del creyente. Así puede apreciarse por la fotografía que publicamos y teniendo en cuenta sus dimensiones, pues mide

77 metros de longitud por 19'25 de anchura y 18'30 de altura, siendo la nave central 18'25 de alta y 10'55 de ancha y las laterales 9'12 por 3'70. Del crucero hablaremos más adelante.

Esta iglesia cisterciense es del tipo llamado de Claraval, más complicado y rico que el de la casa del Cister, caracterizado por la girola o deambulatorio con capillas absidales. Su planta está formada por tres naves con otra de crucero en la que se abren las capillas absidales y la entrada a la girola: la nave central que consta de seis tramos tiene doble anchura que las laterales.

Los pilares de núcleo cruciforme tienen columnas adosadas en los frentes, pero no en los codillos, porque sin duda no se pensó cubrirla con bóveda de crucería, sino de medio cañón, aceptándose la crucería sencilla que llevan, al empezar esa novedad, por lo que Lampérez dijo que la iglesia de Veruela es un caso manifiesto de transición, sobrevenida cuando ya estaba sacada de cimientos y hecha la parte baja de los pilares.

La fachada de esta iglesia, que reproducimos, no da idea de la magnífica realidad arquitectónica que hay detrás de ella, antes al contrario, predispone, porque el hastial es muy poco airoso y sin ninguna gracia. Lo mejor es la portada románica pura, abocinada con cinco archivoltas de medio punto. Por la sección de columnas monocilíndricas y sus interesantes capiteles, que pueden verse en el grabado, se aprecia que es lo mejor de esta parte de obra. Un gran óculo con sencilla decoración alumbra la nave central y dos más pequeños a menor altura se abren a las laterales. Lleva el lábaro o crismón en la parte superior y se repite, de menor tamaño, en la archivolta inferior.

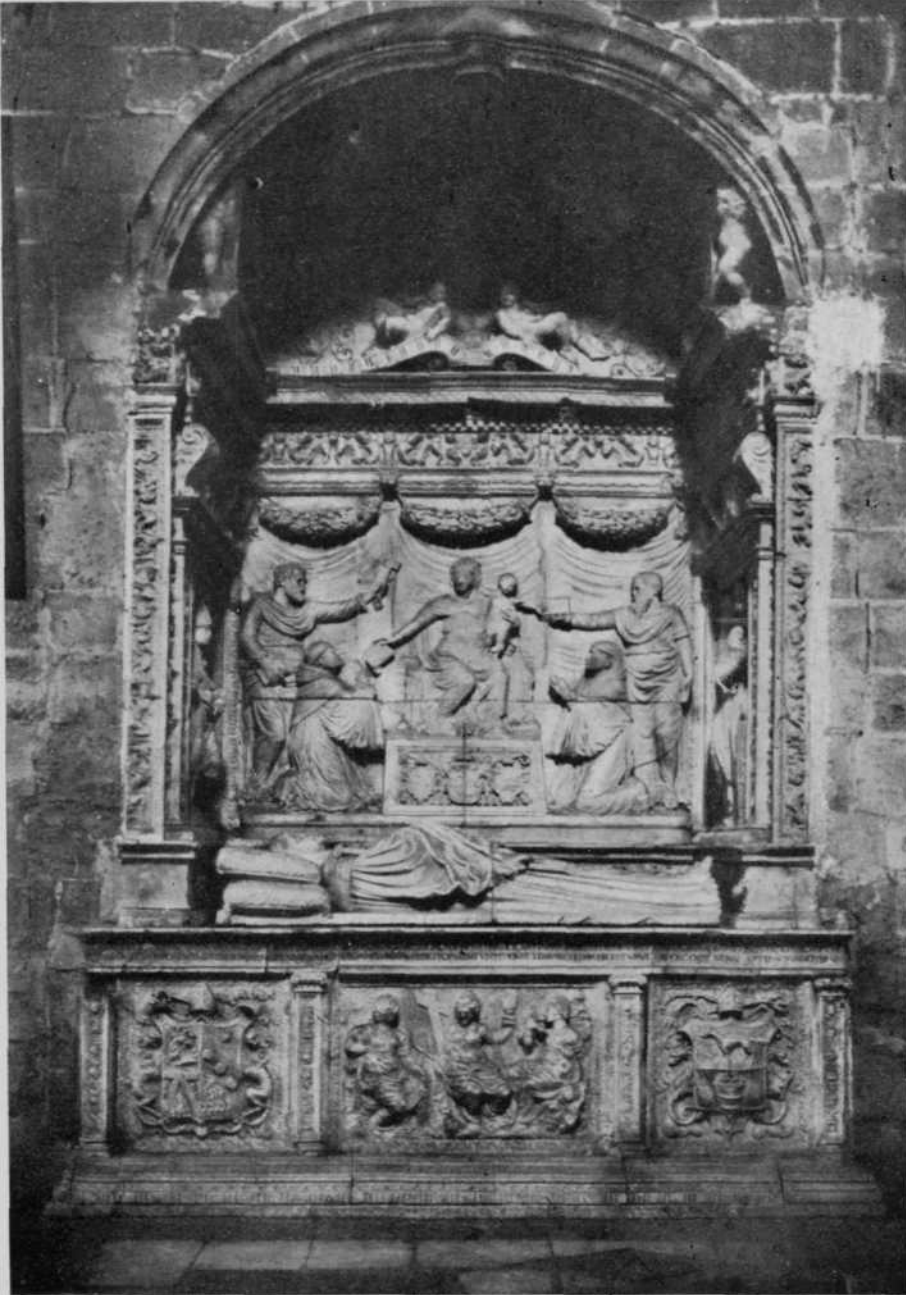
La iglesia se conserva magníficamente en toda su pureza tal como la alzaron artífices quizá borgoñeses donde residía la casa matriz del Cister. La única ampliación a la planta primitiva es la espaciosa y elevada capilla edificada para dedicarla a S. Bernardo como en realidad lo fué mientras vivieron allí los cistercienses, y que al ocupar el monasterio los PP. Jesuítas tiene por titular al Sdo. Corazón de Jesús. Es una de las muchas obras realizadas siendo Abad D. Lupo Marco.

A los cuatrocientos años de su fundación, el convento de Veruela constelado de privilegios reales y preciadas exenciones, había también aumentado notablemente sus riquezas proporcionando una vida fácil, sin contrariedades, antes bien muy prestigiosa en

lo humano, lo cual produjo cierta relajación y aflojamiento en todos los resortes disciplinares, iniciándose una pronunciada pendiente de decadencia que es la curva más acusada en la vida monacal verolense. Por fortuna, digamos mejor, por especial providencia divina fué entonces Abad de este monasterio el ilustre don Fernando de Aragón, después preclaro Arzobispo de Zaragoza y quien, con el ejemplo de sus virtudes y la firme dirección de su entereza salvó el abismo y renovó el espíritu de los monjes. A esta renovación disciplinar en las personas, siguió la renovación material del edificio, llevada a cabo con gran empeño y enorme gasto por el Abad don Lupo Marco que sucedió a don Fernando, secundando y realizando con gran entusiasmo los altos pensamientos de su protector.

Sus obras fueron muchas, pues hizo varias nuevas dependencias y amplió o renovó las existentes, pero su elogio sepulcral, puesto por don Fernando, aun las exagera diciendo que "hizo un monasterio de mármol siendo antes de tierra, y ámplio siendo antes angosto, y opulento siendo antes pobre". Con profusión exagerada se ven constantemente sus escudos de armas y el de su esclarecido protector. Las armas que usaba el Arzobispo eran las de su abuelo don Fernando el Católico. Don Lupo usaba dos escudos; el familiar que es: de azur puente entre tres peñas escarpadas, en jefe la cabeza de Abderraman coronada: partido de gules; tres rosas de oro en banda y en flanco siniestro una estrella de plata; el diestro bandado en ondas de oro y azur. El escudo parlante que es el más repetido es de oro; un lobo pasante al natural: cortado de azur con marco de oro.

En la iglesia es donde primero puso su empeño el Abad arquitecto, edificando en el extremo del crucero una espaciosa capilla que, según queda dicho, es la única modificación que tiene la planta primitiva de la iglesia verolense. Este hermoso crucero tiene 18'30 de altura, siendo su anchura 9, con 32 metros de largo: en él se abre la capilla mayor, las entradas a la girola y las dos capillas absidales dedicadas primitivamente a San Miguel y Santo Tomás Cantuariense y hoy a San Ignacio de Loyola y San José: en el extremo norte se edificó en el siglo XVI la capilla de San Bernardo y en el lado sur, surgió a mediados del XVII, la ampulosa y desbordada puerta barroca que da acceso a la amplia y muy alumbrada sacristía.



Veruela. Sepulchro del Abad D. Lupo Marco en la Capilla de San Bernardo, hoy del Sdo. Corazón de Jesús

LA CAPILLA DE SAN BERNARDO

Nos interesa hoy particularmente esta capilla no solamente por ser una de las obras de más destacada preferencia para don Lupo, ya que la había de dedicar al gran Padre San Bernardo y ser lugar de sepultura para él y para su gran protector el Arzobispo don Fernando, sino porque esta obra de todos sus cariños, como otras que daremos a conocer en adelante, las encomendó a artífices navarros que. hasta la fecha, dormían olvidados y hoy, por vez primera, reciben el tributo de afectuoso y admirativo recuerdo a que tienen perfectísimo derecho. Es además de muy grande satisfacción que estas primicias se publiquen en PRINCIPE DE VIANA para que Navarra, que acaba de adquirir documentos y capitulaciones de obras pagadas por don Lupo, conserve también la noticia y aun los contratos de otras obras del mismo Abad, pero realizadas por navarros, haciendo con ello arte y sobre todo patria.

Esta capilla que no alteró sensiblemente la planta de la iglesia, es cuadrada y abierta en el muro norte del crucero según se ha dicho. Tuvo un primoroso retablo plateresco, hoy mutilado en la iglesia parroquial de Vera, sustituido ahora por otro muy sencillo dedicado al Sagrado Corazón de Jesús y guarda en uno de sus muros el suntuoso sepulcro de alabastro con la estatua yacente del tantas veces nombrado don Lupo.

Narremos su historia leyendo la capitulación de tan magna obra.

Fué el 22 de abril del año 1548 cuando Fr. Antonio Lázaro, monje, cillerero del monasterio de Veruela compareció en Tarazona ante el Notario Jerónimo Gutiérrez y, presentando el documento hecho en Veruela a 5 de enero de 1540 que le acreditaba como procurador del Abad Fr. Lupo de Marco, entregó una capitulación hecha y convenida con el maestro navarro Juan de Acorbe para la edificación de la capilla que el señor Abad quería hacer, estipulando que fuese cuadrada, veinticinco pies de ancho y otros tantos de alto, teniendo en cuenta, especificaba "que tres pies hacen una vara castellana de medir". En cuanto a la altura se le había de dar la proporcionada y "que conforme a arte se requiere" pero sin duda el Abad quería una cosa ampulosa y para ello buscaba una mayor elevación de la debida, a cuyo objeto y para salvar

su voluntad, concretaron que pudiera tener pie y medio más de los cuarenta y dos que correspondían. La abertura del arco de entrada se fijó en diecinueve o veinte pies, teniendo de elevación en el primer caso veintiocho y medio y en el segundo treinta.

Los cimientos habían de ser sobre firme y de manipostería hasta una hilada de piedra labrada antes que llegue al suelo de la iglesia por la parte interior y a la cara de la tierra por la parte exterior, con seis pies de grueso en la manipostería y cinco en la piedra labrada, determinándose también muy minuciosamente cuándo y cómo había de ir perdiendo de grueso según la altura del muro.

Así se hizo y así está, no siendo ciertamente una belleza arquitectónica, máxime estando abierta en una iglesia tan magnífica y armónica. La portada de esta capilla, greco-romana, es muy monótona y árida lo cual en servicio a la verdad y para descargo del maestro navarro, no es culpa suya, porque si se le dieron las medidas con la escrupulosa nimiedad de detalles que hemos copiado, también se le entregó todo el dibujo de lo que se deseaba, debiendo consignar que si las dimensiones fueron por voluntad del Abad, y aun advierte discretamente que no se pueda hacer sino pie y medio sobre lo que exigían las reglas constructivas, el dibujo fué obra del insigne artista Jerónimo Vallejo Cossida, que era el árbitro de todas las obras de arte que se realizaban en Aragón y el brazo derecho en este aspecto del Arzobispo don Fernando.

También se estipuló que la capilla había de tener dos ventanas, dejando las canales en el rostro para las vidrieras y así las tiene en realidad: que había de hacer dos sepulturas destinadas a don Fernando y a don Lupo "con sus arcos relevados", pero sólo se hizo una en el muro del lado del evangelio, y en ella fué colocado el cadáver de don Lupo por disposición del Arzobispo, que mandó construir el estupendo sepulcro plateresco de alabastro (que reproducimos) obra de Pedro de Moreto y de Bernardo Pérez a quienes también dió la traza el indispensable Jerónimo Vallejo, Cossida, concertándose en 16.000 sueldos jaqueses, según consta por la capitulación y albaranes publicados por don Manuel Abizanda Broto en el tomo III de sus Documentos para la Historia del Arte en Aragón.

Tiene la capilla una inscripción latina en el friso que el tiempo va borrando y que también encuentra cabida en la capitulación, concordándose que había de ser "un pie de campo, y tener una

moldura alto y baxo del letrero": la bóveda estrellada es, en verdad, muy vulgar, pero así la tenía que hacer el maestro Acorbe "conforme al dibuxo que al dicho maestro se le ha mostrado de mano de Jerónimo Vallejo. pintor, el cual (dibujo) tiene nueve llaves y cuatro medias en cuatro pies e en los rincones de la capilla que son en total diecisiete llaves... en todas diecisiete partes... ha de poner las armas, del dicho Sr. Abad y del Ilmo. Sr. Arzobispo o medallas, lo que más su señoría mandará". También se estipuló que había de hacer el maestro "un almario y una piscina, el almario para tener los ornamentos y la piscina para labarse las manos el sacerdote y echar las inmundicias del cáliz", existiendo ahora ambas cosas; el primero en el muro del lado de la epístola donde debiera haber estado la otra sepultura, y la piscina en el mismo lado junto al altar: es doble formada por dos columnas con bien labradas conchas en la parte superior para recibir el agua que atraviesa las columnas perforadas: aquí no se le obligó a someterse a ningún dibujo y fué ciertamente lo mejor y más artístico que hizo el maestro navarro en esta capilla.

Una de las cláusulas de esta capitulación dice "en el remate de las paredes haya de tener su entablamiento que salga un pie de alto y otro pie de vuelo fuera de la pared: la falsa cubierta ha de ser de texa muy buena asentada; la cual texa ha de dar el señor Abad y el maestro la ha de asentar y poner todo lo demás a su costa".

Se estipuló que la obra había de estar hecha dentro de un año, o sea el 22 de abril de 1549. Por otras cláusulas "el señor Abad es obligado a dar pasto en el monte de casa a los bueyes o bestias que el maestro tendrá para traer todo lo necesario a la dicha capilla... a dar la herrería para aguzar la herramienta, picos, escotas pusiendose el maestro el carbón y el hierro y todo lo demas... a darle el castillo de Vera para su habitación, estando el casero en dicho castillo... a dar los montes para la calcinas, guardandose de cortar carrasca o otros, arboles fructíferos o no fructiferos, parando las caleras donde menos daño se haga... ha se de guardar el romeral de la parte de la paridera... a dar por la dicha obra diez mil y cuatrocientos y ochenta sueldos en dinero... en varias tandas (muy especificadas) y más en piedra, calcina, manipostería y otras cosas para dicha capilla... dos mil y seiscientos y veinte sueldos". El maestro además de lo ya dicho "es obligado a dar fiancias abonados para tener y cumplir todo lo sobredicho".

Se leyó esta capitulación ante el Notario y testigos, dando Mtre. Acorbe por fianza a Mtre. Domingo Segura, que se obligó con todos sus bienes, y el Convento dio por fianza a Francisco Beratón. "Mostró Fr. Antonio -Lázaro a Acorbe y a Segura el crucero y traza de la capilla y el arco y portada que había de tener' según el dibujo de Cossida y firmaron todos los que sabían hacerlo.

La obra comenzó el 10 de mayo, porque fué el día 18 cuando el maestro navarro dió en Veruela albarán de los primeros 2.000 sueldos recibidos que, según la capitulación, le habían de ser entregados 8 días después de ponerse al frente de la obra. Alternaba esta obra con la construcción en Tarazona de un puente sobre el Queiles, en el que trabajaba en compañía del Mtre. Pedro de Alzo. El día 16 de junio y ante el Notario Jerónimo Gutiérrez, nombra su procurador a "Juan de San Juan, sobrino mio... para cobrar lo que a mi se me deba de aquí en adelante así por razón de un puente de piedra que yo tengo casi acabado de facer en la partida llamada de Samangos para la ciudad de Tarazona. como por razón de una capilla que fago en Veruela para el señor Abad de Veruela e de dichas sumas..." El 20 de septiembre cobra los otros 2.000 sueldos que se le habían de entregar cuando estuviese la obra "encima del relieve de las sepoltoras". Por otros albaranes que hay en los mismos protocolos se sabe el estado de las obras en los siguientes meses, y también lo despacio que éstas marchaban.

Llegó el 22 de abril del año 1549, fecha en que debía estar terminada la capilla según lo estipulado, pero no era así. El Abad de Veruela y su Procurador, Fr. Antonio, llamaron varias veces la atención del maestro para que acelerase la obra y él prometió hacerlo, dando por excusa de su tardanza la crudeza del tiempo invernal que había impedido hacer las caleras en el monte, pero la obra marchaba muy despacio. En vista de que se avecinaba otro invierno que pudiera ser motivo de mayores dilaciones requirieron ante el Notario Sebastián Salcedo, el 16 de octubre del 1549 al fianza Domingo Segura, diciéndole Fr. Antonio Lázaro que "él sabía como entre el Abad y Convento de Veruela, de una parte e mtre Juan de Alcorbe de la otra, se hizo capitulación acerca de la obra de la capilla que está concertada e comenzada en el Monasterio, por cierto precio entre las dichas partes convenido, que mtre Alcorbe había de dar acabada dentro de cierto tiempo ya pasado, de todo lo cual salio fiador Domingo Segura y como mtre.

Alcorbe tiene recibidos 10.600 sueldos (los albaranes están en el Protocolo de Jerónimo Gutiérrez, 16 junio del 48 —11 mayo del 49— 11 agosto del 49, montando este último 10.620) y no ha terminado su obra... le requería como fiador, para que hiciese acabar la obra y cumplir la capitulación que él también firmó y de lo contrario protestaba... Domingo Segura dijo que haría lo que se le demandaba" y así lo hizo en verdad, pues durante aquel invierno se adelantó muy notablemente.

Terminóse la capilla en lebrero de 1550 porque entonces dan, ante el Notario Jerónimo Gutiérrez, el documento de "complimiento y fin y quito" al recibir de presente los 1.180 sueldos que hacen los 13.110 "que en virtud de dicha capitulación... se nos habían de dar". Estaban presentes el maestro y su fiador, Domingo Segura, quien también recibió todos los otros plazos. No sabemos el día fijo de febrero, por que dice: "Die (espacio en blanco) februarii anno millesimo quingentesimo quincuagesimo. El documento que le precede es del día 14 y el que le sigue del 19.

JUAN DE ACORBE

Juan de Acorbe o de Alcorbe, pues de las dos maneras le nombran los Notarios, era un excelente maestro navarro, piedra-piquero o maestro de cal y canto, según se dice en los documentos, debiendo nosotros añadir que podría apellidársele entallador, y ciertamente no despreciable, a juzgar por esta y otras obras suyas conocidas.

Fué paisano y discípulo de Mtre. Miguel de Garmendia o Aramendia con el cual trabajó en Tarazona el año 1535. Este maestro Miguel era vecino de Tudela y repetidamente se afirma así en muchos documentos notariales: con él vino su paisano Acorbe, y otros varios maestros navarros, cuando el ilustre turiasonense y esclarecido Obispo de Lérida, D. Jaime Conchillos le encargó una obra importante, en la que habían de ir tallados en alabastro seis escudos heráldicos episcopales, que hemos visto constantemente, pues existieron hasta hace pocos años. Acorbe debió ser de los discípulos preferidos, pues la víspera de terminar la obra de Tarazona, y antes de separarse, el 4 de diciembre del año 1536, ante el Notario Sebastián Salcedo, le nombró su procurador para que cobrase de Sebastián de Manleon, administrador de la primicia de

Gallipienzo el importe de unas capillas que habían hecho en la iglesia del dicho pueblo.

Por esta primera actuación de Acorbe en Tarazona, tan a satisfacción del Obispo y del Municipio, fué llamado nuevamente para hacer otros puentes sobre el Queiles y entonces le conocieron los monjes de Veruela y le encargaron la capilla de San Bernardo que, como queda dicho, simultaneó con los puentes de Tarazona, en los que trabajó asimismo su fianza Mtre Domingo de Segura, quien también figura como fianza de Mtre. Aramendia, y que desarrolló una gran actividad artística en Tudela, como demostró el culto archivero y catedrático, don José Ramón Castro, al tratar de La escultura en Navarra durante el siglo XVI.

Otras obras de Mtre. Acorbe que constan en los Protocolos de Tarazona fueron un puente sobre el río Queiles, en el término de Famagaz, según capitulación hecha ante el Notario Antón de la Mata, quien en varios folios de sus Notas pertenecientes al año 1546 da abundantes noticias. Esta obra fué en compañía de Pedro de Alzo y ambos se denominan maestros de cal y canto, habitantes de presente en Tarazona, colaborando también Mtre. Domingo Segura, cuyos trabajos y jornales se especifican.

Otro puente hizo también en el término de Samangos del cual hay noticia en los protocolos de Jerónimo Gutiérrez el 16 de junio de 1548, fol. 229. Durante 15 años que comienzan en 1536 y terminan el 1550 se encuentra repetidamente en documentos notariales el nombre del navarro y probablemente tudelano Mtre. Alcorbe, realizando varias obras a satisfacción plena de los que se las encomendaban. Son muchos los documentos que tenemos anotados y que, ciñéndonos exclusivamente a la capilla de Veruela, no citamos para no alargar más este artículo.

José M.^a SANZ ARTIBUCILLA.